

olini  
Nun-  
LIN  
rio  
uchadore  
ario. So  
uerra co  
clase, cu  
que su  
sito cuida  
ante labo  
nen reali  
fíticos de  
de ella se  
realidad  
en cuenta  
es funcio  
idar nues  
Marina, to  
e elevar e  
s dotacio  
erado, ta  
ecesidades  
s eminen  
a dicho e  
ca.  
e penosa  
ápida  
tras dota  
emiente la  
este anbel  
no hacerlo  
una mas  
que lucha  
aprenderia  
de la linea  
conducir  
y que des  
icio parti  
dificultade  
la funcio  
ntifascista  
rcos y de  
obstacul  
los comi  
de ver en  
que aplas  
e a la AN  
o bueno  
socialista  
ue ya co  
estos pre  
erles com  
erra, no e  
e clases, s  
e de todo  
antado e  
a indepen  
ne ha sido  
extranjera  
ón de los  
a España  
armas que  
fensa.  
MESA  
endez Núñez



Son consignas de este periódico:  
Por la Cultura y la Libertad - Por la Moral y la Disciplina - Por el Gobierno legítimo - Por la República española.  
Por la lucha a muerte contra el fascismo.

ORGANO OFICIAL DE LOS MARINOS DE LA REPUBLICA ● Director: El Comisario General de la Flota y Base Naval

Época I (Año II) ● Cartagena 11 de Septiembre 1937 ● Redacción y Administración: Hogar del Marino: Mayor, 19-21 ● Núm. 29

# En Ginebra se va a empezar a discutir. Pero lo fundamental para nuestro triunfo seguirá siendo el heroísmo y la disciplina de nuestros soldados y nuestros marinos

## El combate con el "Canarias"

Para los que no tuvieron ni tie-  
en la suerte de asistir a un en-  
entro con el enemigo, no tendrá  
ningún valor el encuentro sosteni-  
o el martes último entre el «Ca-  
narias» y nuestra Flota, y muy es-  
pecialmente con nuestro Crucero  
«Libertad». Hasta es muy posible  
que haya amigos que en la reta-  
guardia se extrañen y pongan en  
uda el valor de nuestros hombres.  
ncontrarse con el «Canarias» y  
o hundirle — dirán — demuestra  
ue nuestra Flota carece de valor  
combatiivo.

Sin embargo, señores críticos,  
ay valor combatiivo y si no le  
chamos a pique, no fué porque el  
«Libertad», seguido de los Des-  
tructores, no avanzase sobre él.

El «Libertad», es menor que el  
«Canarias» y cruzando con él más  
e doscientos proyectiles, avanzó  
sueltamente con toda su máquina,  
tanta que el gigante pirata que  
creyó vérselas con cobardes,  
trocedió y escapó al amparo de  
u velocidad.

En los dos combates de maña-  
a tarde, fué el enemigo el que  
pía, pidiendo auxilio a su aviación  
ue atacó por dos veces a nuestra  
lota.

Cierto, que el gran pirata no es,  
mucho menos enemigo despre-  
able, pero en modo alguno es  
nemigo que asuste, a quienes como  
nuestros marinos saben que su de-  
er es vencer o morir por la liber-  
ad de España.

«Libertad», se izaba en nuestro gallarde-  
te la bandera de combate—la her-  
mosa insignia de la libertad por la  
que lucha la España leal—y la emo-  
ción culminó cuando un sencillo  
marinero, un timonel del Estado  
Mayor, gritó: «¡Rómpete pero no  
te rindas!».

Con razón pudo decir, nuestro  
Comisario general, al presenciar  
y alentar el entusiasmo de todos:  
¡con hombres así, se va al fin del  
mundo! ¡Que importa morir, si se  
muere con el aliento de los que  
saben que luchan por la causa  
mayor del mundo, que es la liber-  
tad de todos!

El pirata, para centrarnos mejor,  
no tuvo la gallardía de izar su ban-  
dera monárquica, presentándose  
sin ella para confundirse mejor con  
los de tipo igual al suyo, italianos  
y alemanes, apareciendo más tar-  
de oculto en la inmensa bruma.

No le hemos hundido ¡es ver-  
dad! pero que conste que el «Li-  
bertad», el hermano del «Cervan-  
tes»—acordáos, camaradas y ami-  
gos del «Cervantes» como nos-  
otros os recordamos,—no le huyó  
al gran pirata, que se alejó, al fin,  
corriendo a toda máquina.

Ni él ni sus aviones, que ataca-  
ron durante todo el día a los bar-  
cos de la Flota, pudieron restar en  
nada el valor y coraje de nuestros  
hombres.

Nuestros destructores con sus  
Dotaciones, estuvieron con el mis-  
mo entusiasmo, y si el ataque de  
éstos no pudo llevarse a cabo, fué  
porque el pirata mantuvo siempre  
la distancia lejos de tiro de aque-  
llos.

¿El Méndez? Estuvo en su sitio  
con el mismo deseo y el mismo  
espíritu combatiivo que todos, y si  
el «Canarias» en vez de sostener  
la distancia, hubiese acortado ésta  
como no quiso el «Libertad», los ca-

ñones del «Méndez» hubiesen vi-  
brado también al compás de su  
Dotación, que saludaba desde el  
viejo buque a los hombres del «Li-  
bertad».

El «Lepanto»—no lo recorda-  
mos bien—al terminar el combate  
dió una vuelta al «Libertad», y con  
su bandera de combate en alto rin-  
dió homenaje a la Capitana, her-  
mano mayor hoy de la Flota, dán-  
dose de barco a barco los vi-  
vas a la República y al valor de  
sus marinos. Era el saludo del Jefe  
de la Flotilla de Destructores, que,  
en el «Antequera», quería acer-  
carse al «Canarias», que corría más  
que ellos, y que como prueba de  
unión, de emoción y de respeto,  
mandaba por el «Lepanto» el abra-  
zo de los Destructores al Mando de  
nuestra Flota.

Los facciosos han dicho por ra-  
dio que, en el combate con el  
«Canarias», éste hundió a los «ro-  
jos», pero aunque su ataque fué a  
traición, con aviación y hasta con  
torpedo, pues uno de sus aparatos  
arrojó un torpedo a uno de nues-  
tros valerosos Destructores, no tu-  
vimos ni una baja, y de no haber  
sido tan cobardes y tan traidores  
los piratas, es posible que los hun-  
didos hubiesen sido ellos. No obs-  
tante ¡ya nos veremos de nuevo!

No queremos terminar estas lí-  
neas sin hacer constar que las Do-  
taciones estuvieron plenas de moral  
y de disciplina, y los Mandos, al-  
gunos de ellos rebasando con cre-  
ces su deber, acarreado hasta pro-  
yectiles.

El Jefe de la Flota, que en el  
puente del «Libertad» dirigía el  
combate, puede estar satisfecho de  
su Estado Mayor, así como del  
mando del buque, que además de  
mostrar una gran serenidad se mul-  
tiplicó constantemente en el cum-  
plimiento de su deber, al igual que  
en los demás barcos; y si existió  
algún cobarde, que lo ignoramos,  
está más que superado por el valor  
de los demás, que anhelan un nue-  
vo combate en el que el «Cana-  
rias», ese gran pirata que roba-  
ron los fascistas, no escape como  
esta vez, y veremos quién vence a  
quién.

¡Viva la Flota de la República!  
¡Viva la Independencia de Es-  
paña!

## El respeto a la calle

En el pasado número de LA ARMADA, un camarada cabo de Artillería, Francisco A. Petrus, se quejaba con un alto espíritu de las incorrecciones que algunos marineros, en sus horas francas, cometen en sus relaciones con la vida social.

Hemos de sentar la afirmación de que los que así obran son una minoría muy pequeña, aunque las apariencias la amplifiquen, porque llama más la atención uno que grita que cien que callan. Pero es lo cierto que la minoría existe y que hay que reducirla hasta anularla.

Bien estará la abolición de convencionalismos que hayan estado obligan-  
do a los de una clase social en beneficio del privilegio y hasta del sentido de  
la vanidad de los de otra clase dominante. Pero siempre habrán de existir nor-  
mas de convivencia social que nos obliguen a todos como un contrato recíproco  
de urbanidad; de urbanidad, que, por su valor etimológico, quiere decir tanto  
así como ciudadanía. Normas del respeto que cada uno debemos al trabajo de  
los demás; y al reposo de los demás; y al legítimo buen gusto de los demás.

Quien tenga el gusto extraviado tiene tan poco derecho a oponer su extra-  
vio a las normas generales del buen gusto como a cualquier otro derecho natu-  
ral de la vida en común. Y si alguno no ha llegado en su educación ciudadana  
a hacer fluir espontáneamente en su espíritu este convencimiento, hay que im-  
ponérselo por la ley de la mayoría que, en este caso, es la casi totalidad.

Cada ciudadano debe hacerse siempre la cuenta de que actúa en presencia  
de una mayoría que no lo conoce y a la cual, con su conducta exterior, debe  
expresarle un anticipo de su conducta interior, que debe hacerlo repetable. Y si  
siempre un ciudadano ha de sentirse obligado a merecer un grado normal de  
respeto, debe sentirse más obligado aún cuando lleva un uniforme que lo acre-  
dita de pertenecer a una colectividad enaltecedora, de cuyo espíritu colectivo  
debe ser un reflejo su conducta.

Hay que desconfiar del sentido progresivo de quienes—acaso blasonando  
de él—parecen estar deseando librarse, como de una carga pesada, del respeto  
que deben al conjunto de los demás. El progreso social—por el contrario—no  
releva nunca a los ciudadanos del respeto que deben a los demás; lo que  
ocurrirá es que cada vez obligará más a cada uno a merecer por su conducta  
ese respeto.

## La virtud de mandar

En nuestro Ejército, en nuestra Ma-  
rina y en nuestra Aviación, defensores  
de la independencia patria contra los  
extranjeros y paladines de los derechos  
del hombre frente a los privilegios que  
pretenden perpetuar los fascistas en el  
territorio nacional, no tiene—no puede  
tener jamás—carácter de casta, ni  
dentro de sus respectivas unidades  
caben el despotismo ni la arbitra-  
riedad, enfermedades crónicas del  
viejo y caduco ejército, servidor de  
la monarquía y de la opresión.

Ejercer el mando en las fuerzas  
combatientes de la República, sig-  
nifica, de un modo primordial e  
ineludible, asumir una responsabi-  
lidad plena; no es, en manera al-  
guna, adquirir el derecho a DIS-  
PONER sin normas ni razones, ni  
significa, como en otros tiempos,  
un privilegio de superioridad auto-  
mática e irresponsable.

Mandar es antes un deber que  
un derecho. Lleva consigo obliga-  
ciones, cuyo cumplimiento adquie-  
re frecuentemente calidad de sacri-  
ficio. Impone la obediencia estricta  
—en quien ejerce el mando—de  
cuantas reglas existan, único medio  
de que, con justo título—el del ejem-  
plo—, pueda exigirse a todos la  
observancia rigurosa de la disci-  
plina.

El que manda no ha de conside-  
rarse jamás exceptuado del cum-  
plimiento de ninguna norma mili-  
tar. No cabe que, en nuestras uni-  
dades, se crea ningún manto auto-  
rizado, por su graduación o cate-  
goría, a vulnerar disposiciones,  
dejar incumplidas las órdenes ema-  
nadas de la superioridad, o descuidar  
ni un solo instante la fiel observan-  
cia de las instrucciones.

Por el contrario, grado y catego-  
(Sigue en tercera página)

Los Comisarios políticos de todas las unidades de nues-  
tra Flota y Departamentos de la Base Naval, deben  
reforzar su trabajo para exponer la necesidad de man-  
tenerse más firmes, entusiastas y vigilantes que nunca,  
preparándose con ánimo tenso e invencible, voluntad  
de triunfo, a combatir sin tregua a los invasores y sus  
cómplices, vigilando al propio tiempo, en evitación de  
que en nuestras filas puedan desarrollar sus indignos  
manejos los provocadores y los espías.



# Los marinos de la República demuestran una más su valor y su heroísmo ante el enemigo

## El desquite de Benito Mussolini

Mussolini está convencidísimo de que se ha vengado de la ignominiosa derrota de la Alcarria. Lo ha dicho públicamente y con fruición. No ha mucho tiempo que mister Eden dijo en el Parlamento que en inglés no existe el equivalente de «vendetta». A diferentes maneras de vengarse tienen que corresponder diferentes vocablos, Mussolini en cambio, no encontrará en ningún idioma muchas palabras que le hagan estremecer de gusto como el vocablo «vendetta». Se le hace agua—o acaso sangre—la boca cada vez que lo pronuncia. Pero a veces no favorece mucho la venganza a quien la practica.

¿Cómo se ha vengado el «duce» de la paliza que en buena lid, como los hombres, les propinaron a sus veteranos de Abisinia los inexpertos obreros españoles en la Alcarria? Buscando a los que habían infligido la vergonzosa derrota? No. Huyendo de ellos. Yéndose al Norte, donde las milicias a medio organizar, aisladas del ejército principal, carentes de elementos no podían recibir refuerzos. Y ni siquiera así pudo vencer en buena lid a los bravos obreros del Norte. Tuvo que ayudarle la traición de la quinta columna santanderina. No fué él quien se vengó. La venganza la hicieron los traidores, que no confiaban en que él pudiera triunfar contando tan sólo con los veteranos de Abisinia.

«Vendetta!» Por esos mares andan submarinos dedicados a sorprender a barcos inermes. Se burlean de todas las leyes de la civilización y de la hombría. Olvidan

que firmaron el Pacto de Londres, en el, que se comprometieron expresamente a respetar las vidas de las tripulaciones de los barcos mercantes. Pero no lo hacen a cara descubierta. No tienen el valor de sostener ante el mundo que se están vengando. Hieren a mansalva, sin bandera, y se esconden, se sumergen. Y todavía cuando el mundo horrorizado ante tanto crimen, habla, amenazador, de submarinos de nacionalidad desconocida continúa su «vendetta»; hunde al barco ruso «Molskiv»; pero tampoco tienen valor para dar la cara: enarbolan una bandera de los rebeldes españoles, que no es sino antifaz para seguir cometiendo crímenes cobardemente.

Se jacta Mussolini de esta restaurando el Imperio romano, de renovar sus conquistas en la misma península española. Todavía le falta mucho para tener derecho a evocar a sus antepasados en relación con el solar de los iberos. Le falta mucho bueno y mucho malo. Hasta en lo malo de los conquistadores romanos había siquiera un asomo de virtud si lo comparamos con los procedimientos totalitarios en pleno siglo XX. Para compararse a ellos tiene que ser capaz de invitar a los héroes españoles a una conferencia de paz, y de asesinarlos, si ellos acuden, como hicieron siglos ha, otros creadores más viriles, aunque no menos criminales del imperio romano. Pero el «duce» nunca podrá llevar a cabo semejante hazaña. Primero por que le falta valor para tamaña cobardía; segundo porque no existe un héroe español que lo tome en serio.

## Protesta y profecía

Sembrador de siempre, no quiero entorpecer mi labor a pesar de mi edad y mis ocupaciones, y mucho menos en la ocasión presente en que tantas inteligencias salen a la luz de las tinieblas del analfabetismo por obra y férrea voluntad del Gobierno de la República encarnada en los ciudadanos que, tanto en el frente como en retaguardia, aprovechan todo el tiempo libre para llevar a cabo esa labor meritoria.

El Gobierno, por otra parte, les prepara el porvenir con el Decreto de Instrucción Pública recientemente aprobado, abriendo las puertas de todos los centros de enseñanza a las clases populares, estableciendo la selección de inteligencias y facilitando los medios económicos a los estudiantes que carezcan de ellos. Muy bien, pero... todavía podía estar mejor.

También era cerca de 300 becarios que, cuando llegue el momento, se otorgaran a aquellos a quienes verdaderamente les correspondían sin ninguna clase de favoritismo y sin más recomendaciones que los indiscutibles

méritos de cada cual. Así lo esperamos. Pero sigamos con nuestro tema. De estos ciudadanos, que como hemos dicho antes, encarnan la obra y férrea voluntad del Gobierno enseñando desinteresadamente a sus compañeros hay algunos que se creen ilustrados verdaderamente, bien por escrito o de palabra y sólo consiguen, obrando de buena o mala fe—vaya usted a saber—desorientarlos, sembrando la duda o la zizania en todos aquellos que, sin encontrarse en condiciones de «cogerlos» lo que leen o escuchan, aceptan como buenas las lecciones sembradas a boleo por no saber discernir lo verdadero de lo falso que con cariz antífascista se suele escribir y «mitinear» por individuos que solamente por lo que escriben o por lo que hablan nos resistimos a creer que son compañeros nuestros.

No sabemos que con tales procedimientos, de los que protestamos con toda nuestra fuerza, se consiga lo que todos deseamos, dándose el caso, olvidado el parecer, que al iniciarse la lucha TODOS los partidos, asocia-

ciones y sindicatos acudieron como UN SOLQ HOMBRE a contener o vencer a los traidores; y hoy, después de más de un año de lucha y de los torrentes de sangre generosa derramada, no se encuentran unidos fraternalmente los que unidos empezaron y por cuya unión se están gastando tantos litros de tinta, tantas toneladas de papel y tanta saliva.

A pesar de lo dicho y de la conducta de los individuos que censuramos, dispone el Gobierno de un Ejército Popular regular y de una Marina, cuyos soldados y marinos se encuentran más unidos cuanto más retirados se hallan de la retaguardia, fenómeno éste que demuestra por sí solo mucho más que todas las razones que pudiéramos aportar para exponer las causas de no haberse sustituido ya todas las iniciales distintivas de partidos, sociedades y sindicatos por las casi olvidadas U. H. P. sin que por eso abandonara cada cual sus ideales.

Ya hemos visto unos, y vivido otros, como en Madrid, en Aragón, en Andalucía, y siempre en la Marina, con-

tuvo a las hordas fascistas el heroísmo de todos los españoles antifascistas sin distinción de ideas. Hoy en estos mismos frentes está arrollando a los traidores y a los mercenarios ese mismo heroísmo, pero organizado, representado éste por el Mando único y la disciplina del Ejército del Pueblo que se apoya en la confianza mutua entre el que ordena y el que obedece, y con el convencimiento de que la inteligencia de los primeros indica el camino de la victoria, el cual emprenden valerosamente los segundos para alcanzarla. Así se conseguirá definitivamente y además se vengará a nuestros hermanos; si, a NUESTROS HERMANOS del Norte, que ni discuten, ni escriben, ni hablan más que lo preciso, y que aislados se defienden y atacan y QUIZA terminen dando al Mundo una lección de heroísmo y pujanza por la voluntad de vencer y conservar su independencia, que nos deje a todos maravillados y algo más....

BESARO

Cartagena 7 septe. 1937.

## Sección Técnica

### El valor de los gases en la guerra marítima

En los primeros años que siguieron a la guerra mundial se asistió a una verdadera polémica en lo referente a la guerra química. Mientras unos velan en los procedimientos de combate mediante gases, desarrollados durante la guerra, un nuevo medio de lucha que superaba y aun hacía inútiles todos los demás recursos bélicos conocidos hasta el día, otros, en cambio, encontraban en la exageración de los efectos de la guerra por gases, extremando sus aspectos repulsivos, el mejor recurso para sus campañas pacifistas. Estos últimos seguirán probablemente manteniendo su postura, inmovilizados ante las enseñanzas de la Historia, en tanto que los primeros, padeciendo las exageraciones del primer momento, ven en los gases, si no el arma por excelencia, por lo menos otra nueva de gran aplicación en la guerra de posiciones que puede ser excelente recurso de ataque contra puntos alejados del frente de combate.

Para enjuiciar esta materia es muy valioso el conocimiento de las propiedades de los gases de guerra y sus formas de utilización.

En términos generales, se denominan «gas», para los efectos de esta técnica, toda sustancia, sea gaseosa, líquida o sólida, que por su naturaleza venenosa puede originar daño al organismo humano. En razón de sus efectos, pueden dividirse los gases de combate en dos grandes grupos: 1. Materias irritantes. 2. Materias venenosas.

Las primeras originan, por contacto con la mucosa del ojo o con los órganos respiratorios, una abundante secreción lagrimal o el es-

tornudo, forzando al combatiente a colocarse el aparato de protección contra los gases. Su acción termina, en general, tan pronto como pasa la nube de gas y se purifica el aire ambiente.

Los gases venenosos han de producir daño duradero en el organismo humano y aun provocar efectos mortales. Pero estadísticamente se comprueba que son mucho menos frecuentes los efectos mortales que los de inutilización temporal. A este grupo de gases venenosos corresponden principalmente el fosgeno y los derivados de mostaza; el primero daña a los órganos de la respiración en tanto que los segundos, en forma líquida, penetran a través de las ropas, produciendo en los puntos de contacto llagas muy dolorosas. Los derivados de la mostaza, en su forma gaseosa, actúan sobre la mucosa del ojo y el sistema respiratorio, al par que inutilizan todo artículo de alimentación que sufre su contacto.

El grado de efectividad de los gases de guerra se expresa mediante su «coeficiente de nocividad» que es el producto o por, en el que se representa la concentración (cantidad, en miligramos, por cada metro cúbico de aire) y es el período de tiempo transcurrido hasta la producción del daño mortal. No es igual la eficacia de todos los gases de guerra; depende principalmente de su peso específico y del punto de vaporización de la combinación química. Las sustancias para la guerra química deben ser de peso específico superior al del aire y deben vaporizarse fácilmente a temperaturas

ambientes normales. Estas exigencias eliminan gran número de compuestos químicos, quedando, como gases principales de combate, los excitantes, antes citados, el fosgeno, el cloro y, sobre todo, los gases de mostaza. El monóxido de carbono, altamente tóxico, y de cuya importancia a bordo hablaremos más adelante, queda en general excluido de entre los gases de guerra, por resultar muy fujaz a causa de su muy reducido peso específico. Para la guerra marítima habrá que dar la preferencia según más adelante se dice, a las sustancias siguientes: cloracetofeno, difenilclorarsina y gas mostaza.

La forma más sencilla y natural de emplearlos consiste en mezclar el gas, salido del frasco o recipiente que lo contiene, con el aire. Pero esto requiere una adecuada reacción y velocidad del viento (de 5 a cinco metros por segundo). Las nubes así formadas tienen un límite máximo de acción de cuatro o cinco kilómetros.

Para el lanzamiento a corta distancia, de trinchera a trinchera, existen también los aparatos especiales llamados lanzagases. El procedimiento más eficaz es el de bombardeo, bien sea con simples granadas de gas, en las cuales se aplica una pequeña carga explosiva, con el solo objeto de romper la envoltura que lo encierra, o bien mediante proyectiles en que los discutibles éxitos sanderense substituye parte de la carga por gases. «Me ha causado gran alegría—testó—que los legionarios italianos hayan coadyuvado decisivamente.» [Decisivamente! Y en realidad, Mussolini no exagera. Las cinco unidades columnas que avanzaron contra el Norte de la Encarnación, estaban formadas por cuatro divisiones italianas, unidades portuguesas, tabores marroquíes y una sola brigada española, compuesta de regimientos navarros. Cien aviones con pilotos italianos y alemanes y ochenta tanques, italianos y alemanes igualmente, amen de una enorme artillería servida en su totalidad por extranjeros, apoyaban su marcha.

¿Y qué generales las mandaban? Rosso, Bastico, Balte, Perchi, Bento, Maica, Bergonzoli, Teresini... Un nombre hispano figuraba vergonzosamente al lado de ellos: el de Soldado. Cuando escribimos estos comentarios sigue la batalla al Oeste de Santander, por la zona de Cabuérniga. Gran parte de las fuerzas que defendían la provincia se han replegado, después de la evacuación de Torrelavega, en dirección a Asturias. Otras, perdidas su línea natural de retirada, se salvaron por mar. Restan por descomparar todavía numerosas incógnitas. Ha habido en este dramático episodio mortales heroísmos y desmayos. Algunas unidades se batieron hasta perder el ochenta por ciento de sus efectivos. Otras, las menos, demostraron aturdimiento y flaqueza. La fatalidad geográfica pesaba desmoralizante sobre los luchadores de la montaña. No disponían apenas de aviación. Sabían que era imposible socorrerlos directa-

(Continuará)

### LA SITUACIÓN MILITAR

## Nervios firmes y corazón animoso

Ofrecemos a la consideración de nuestros lectores el magnífico editorial, reproducido a continuación del Boletín Decenal de la Sección de Información del Ministerio de Defensa Nacional, y cuya divulgación tiene interés extraordinario en las actuales circunstancias.

La prensa italiana ha echado las campanas al vuelo con motivo de las operaciones de Santander. Sus comentarios recuerdan los que siguieron a la ocupación de Addis-Abeba. ¡Fáciles victorias! Evocan la excesivamente elogiada y trompetada de Vittorio Veneto, donde todo el ejército de Armando Díaz peleó contra dos divisiones húngaras, únicas que en la descomposición general de la Doble Monarquía habsburguesa conservaron la suficiente disciplina para oponer resistencia... Quieren los hombres que el instrumento militar italiano al que acompaña históricamente la desgracia, desde Novara a Caporetto, pasando por Custoza, solamente se corone de gloria cuando lucha contra ejércitos en dispersión, con negros que le oponen viejos fusiles, sables, lanzas y flechas y con milicias bisoñas, bravas, pero mal armadas y que no pueden, por razones de orden geográfico, recibir socorro...

Pero de todas formas, el Duce, al responder al indecoroso telegrama de Franco, ha reivindicado para sus huesos, invasores de España, la totalidad bien mediante proyectiles en que los discutibles éxitos sanderense substituye parte de la carga por gases. «Me ha causado gran alegría—testó—que los legionarios italianos hayan coadyuvado decisivamente.» [Decisivamente! Y en realidad, Mussolini no exagera. Las cinco unidades columnas que avanzaron contra el Norte de la Encarnación, estaban formadas por cuatro divisiones italianas, unidades portuguesas, tabores marroquíes y una sola brigada española, compuesta de regimientos navarros. Cien aviones con pilotos italianos y alemanes y ochenta tanques, italianos y alemanes igualmente, amen de una enorme artillería servida en su totalidad por extranjeros, apoyaban su marcha.

El alto mando de la República, para ayudar a lo posible a los combatientes de la Montaña, montó una ofensiva en Aragón que está en plena marcha cuando peregrinamos estas impresiones rápidas. Esa ofensiva tiene como eje la zona central de la región al Norte y al Sur de Zaragoza, desde Zuera a Belchite. Una segunda ofensiva la cubre por la comarca de Teruel. Iniciada aquella bruscamente, ha logrado triunfos muy honrosos y sus vanguardias tienen ya bajo sus cañones el caserío de Zaragoza. Seguramente será ampliada en otras direcciones con arreglo a la situación estratégica que se vaya creando. Desde el primer día hizo el esperado efecto de ventosa, y obligó al enemigo a retirar del Norte muchas escuadillas de aviación y una división de infantería italiana.

También ha empezado otra ofensiva en el Sur, por la parte montañosa de la provincia de Granada. El frente en dicha región comprende tres sectores: el de Iznalloz, que tiene sus avanzadas por Huétor-Santillán, muy cerca de la fábrica de pólvora de El Fargue, dominando la Vega como desde un balcón inmenso; el de Sierra Nevada, que pasa por Guéjar y sus Calares, y el de la Costa, que cierra el camino de Almería en las inmediaciones de Castell de Ferro. En Granada y Motril ha habido recientemente graves desórdenes. Parece que para dominarlos acudieron de Málaga algunos batallones italianos. Pero en Málaga también, según cuentan de Gibraltar, volvieron a reproducirse los disturbios en forma de choque

sangriento entre las tropas españolas y las de Mussolini. Indudablemente la retaguardia fasciosa está muy enferma. No quiere ello decir que sea inminente su desastre. Pero el proceso de descomposición se va acentuando.

Llevamos trece meses largos de guerra. Si cogemos un mapa y comparemos las ganancias y pérdidas territoriales de leales y rebeldes tendremos que convenir en que el balance es favorable para los últimos. Han aumentado la superficie de la España fascistoide con el Norte de la provincia de Toledo y el Sur de la de Madrid, con Badajoz y extensas zonas extremeñas, con Málaga y parte de su provincia, con el litoral granadino hasta más allá de Almuñécar, Motril y Salobreña, con las provincias de Guipúzcoa y de Vizcaya y con la mayor parte de la de Santander. No es mucho, sin embargo, después de más de un año de guerra, de la intervención directa con ejércitos inclusive de Italia y de Alemania y de la conducta incalificable observada, con relación a la España leal y legal, por las democracias burguesas europeas. El gran bloque republicano del Centro, el Este, Levante y el Sur sigue intacto. Recibió golpes fortísimos y supo devolverlos con usura.

Más hemos de añadir: el problema militar de nuestra guerra de independencia no puede ser planteado geográficamente. La realidad verdadera no está en el mapa. El mapa engaña. En agosto del año pasado poseíamos Málaga y casi todo el Norte. Pero estábamos potencialmente vencidos. ¿Qué podíamos oponer a las fuerzas fascistas que empezaban ya a recibir aviones a docenas, cañones y ametralladoras a centenares y técnicos extranjeros a miles? Unas caóticas milicias muy entusiastas, pero que tenían de la guerra moderna una idea absurda. Esas milicias, políticas y sindicales, sin jefes, sin cuadros de oficiales, pésimamente armadas y municionadas, sin aviación, sin tanques, sin artillería, sin ametralladoras, se batían a la diablo y actuaban dentro de la ineficacia de una perpetua improvisación circunstancial. Cada día les aportaba un afán, un hecho nuevo, una crisis más grave que las anteriores.

¿Cómo no fueron deshechas? ¿Cómo no se aproximó a Madrid el adversario hasta dos meses más tarde? ¿Cómo no fué forzada la barrera del Guadarrama? ¿Cómo no cayó entonces Málaga? ¿Cómo tras la pérdida de San Sebastián, consecuencia de la de Irún, no fué Vizcaya atacada a fondo? La España republicana, que no se resignaba a la defensiva, que atacaba en Asturias, y en Huesca, y en las orillas del Ebro, y en Teruel, y en Granada, y en Córdoba, y que resistía en Extremadura, no era, considerada como factor bélico, más que una inmensa debilidad. El optimismo, cálculo político hábil en los de arriba, convicción en los de abajo, fingía fuerzas inexistentes...

Hoy la España republicana, con menos territorio, es infinitamente más poderosa. Midase la enorme distancia que separa al combatiente de Toledo del de Brunete, al miliciano sin uniforme del soldado de ahora, y se comprenderá que tenemos razón al asegurar que el mapa tiene cuando

## Así habla la España leal

Con motivo de la toma de Santander por los ejércitos fascistas extranjeros, el indigno General traidor, dirigió a Mussolini, un telegrama que publicó la prensa italiana y que copiado decía así: «Al tomar Santander felicito y agradezco profundamente el apoyo prestado por las fuerzas del glorioso ejército italiano que fueron los primeros que entraron en la capital. Una vez más agradece y saluda a Italia, Franco.»

Frente a esta conducta indigna, traidora y cobarde de un mal nacido español, contrasta esta otra de un Ministro de la República, que con motivo de la toma de Belchite se dirige al Jefe y al ejército republicano en estos magníficos términos: «Con la toma de Belchite se corona hoy, una interesantísima fase de la ofensiva emprendida en Aragón por el ejército de la República.»

Durante siete días he podido contemplar de cerca el valor ardiente y el entusiasmo magnífico con que las tropas dirigidas por V. E. atacaban los objetivos que les habían sido señalados, y del mismo modo que en las operaciones realizadas anteriormente en Madrid, he comprobado de un modo personal, que disponemos de un ejército capacitado para las más difíciles y arriesgadas maniobras.

Avaro, por temperamento, del elogio, lo prodigo hoy sin tasa al ejército a las órdenes de V. E., Mi-

to tomamos como espejo de la situación militar de la guerra española.

Y no limitemos la comparación a los frentes de batalla. Extendámosla a las retaguardias. ¿Quién podrá negar que hay una diferencia gigantesca entre el caos inevitable y disculpable del verano de 1936 y el orden severo del estío actual?

Debemos y podemos, pues, a despecho de todos los episodios dramáticos del Norte, sentirnos optimistas. Nuestro optimismo no es ya, por fortuna, hijo de la resolución inquebrantable y de la obstinación heroica, sino del examen razonado de los factores esenciales de la contienda. Pocos meses antes del derrumbamiento de los imperios centrales, cuando la Gran Guerra, parecía que los aliados estaban en el prólogo del desastre final. Rusia había firmado la paz de Brest-Litovsk, obligando así a Rumania a rendirse sin condiciones. Servia no existía como nación. Townsend había capitulado en Kut-el-Amara. Italia había sido aplastada en Caporetto, y para sostenerse en el Piave tenía que recibir el auxilio de varias divisiones inglesas y francesas. Ludendorff había llegado de nuevo a la orilla del Marne. El socorro de los Estados Unidos estaba todavía lejano... Sin embargo, un observador atento hubiera acertado ya a ver en el fondo de aquellos colosales reveses, que parecían decisivos, los elementos primarios del triunfo próximo. Porque se agitaba detrás de ellos una enorme fuerza, estática aún, pero que iba rápidamente a transformarse en dinámica. Y por otra parte, los imponderables, que Bismarck tanto temía, comenzaban a actuar...

Acordémonos del verano decisivo de 1818, mientras se aproximan el

felicitación alcanza al Mando, a los órganos asesores de éste, y a las tropas. Abarca, en suma, a toda esa masa popular que, empujando bravamente las armas y guiadas de nobilísimos anhelos, ha escrito en tierras aragonesas páginas de heroísmo.

Esta felicitación es la de un gobernante español a un general español y un ejército totalmente español. Y el gobernante se congratula de que la gran victoria lograda no le obligue a rendir gratitud a ningún poder extranjero, como acababa de hacerlo, en forma de repulsivo vasallaje, el caudillo fascista aliado a potencias extranjeras.

También V. E. se congratulará de no compartir los parabienes con generales advenedizos.

Nuestras glorias, como nuestras desventajas, son y serán españolas por entero. Salúdame.

También ha felicitado el Ministro de Defensa Nacional al jefe del Estado Mayor, coronel Rojo. La lección del Ministro español a Franco y a Mussolini y a todos los asesinos no puede ser más viva ni más emocionante. Ellos precisan halagar a los tiranos de Europa, y nosotros sin generales y sin ejércitos extranjeros, avanzamos o caemos como españoles.

El Ministro de Defensa Nacional expresa en su telegrama la voz auténtica de España, que quiere morir, antes de ser esclava de poderes extranjeros.

otoño y el invierno de 1937. Y pensamos con Nogi, el vencedor de Puerto Arturo, que gana las batallas y las guerras el beligerante que no se cree derrotado, sean los que sean los incógnitas de la lucha y que tiene nervios firmes y corazón animoso para resistir un cuarto de hora más que su enemigo.

Y nervios firmes y corazón animoso—y otras muchas cosas más—los tenemos de sobra...

## La virtud de mandar

(Viene de la primera página)

ría obligan doblemente a seguir una conducta recta, verdaderamente moral, inequívocamente disciplinada. Los mandos son los encargados de enseñar a los combatientes, con su ejemplo, cuáles son sus deberes inexcusables. Para exigir obediencia a un inferior jerárquico hay previamente que haberla prestado a las órdenes de la superioridad. No tenemos ya aquellos militares que el pueblo, con su agudeza habitual, denominaba «guerreros de salón». Nuestros mandos son hoy hombres cuya autoridad no surge de las estrellas o galones que adornen sus bocamangas, sino de la lealtad, capacidad, heroísmo y fidelidad que demostraron y sigan demostrando, virtudes por las cuales la República les confirmó o promovió a la categoría que ocupan. Al mandar, no satisfacen un capricho, no dan contenido a la vanidad; cumplen un deber que lleva consigo una alta responsabilidad. Hoy, en fin, nadie manda o no ha de mandar, sin antes haber acreditado, de un modo eficaz e indudable, poseer las cualidades apetecibles para guiarnos hacia la victoria.

## Ayuntamiento de Madrid





**Empieza la reunión de Ginebra. Veremos si resulta ahora más del concurso de los Intereses, que antes ha resultado del fingido concurso de las Justicias.**

## Los triunfadores de Belchite señalan el camino de la victoria final

### Ante la reunión de Ginebra *Cómo se llegó a la batalla de Jutlandia*

Las instituciones llegan, a veces, a su época de crisis y quiebra. Es cuando traicionan su propio espíritu, su pureza de origen, el fin para que fueron creadas.

En cada ciclo de la Historia advertimos como periclitaba una institución que acaso en la década anterior sin ir más lejos, estaba en pleno florecimiento. Los Imperios de la Edad Antigua, los feudalismos, la Iglesia, el absolutismo monárquico, etc., se van sucediendo. Y a cada uno les llega el momento en que nada significan ni nada tienen que hacer.

Cuando cualquier estructura social se empeña en sobrevivir sobre el fallo histórico que la condena a desaparecer, tenemos por ejemplo, en nuestro tiempo, el fascismo. Típico fenómeno de regresión.

Pero hay instituciones y formas sociales que el tiempo las va perfeccionando y fortaleciendo. Tal la democracia. De las democracias utópicas y candorosas del siglo anterior a algunas actuales, alumbradas por luchas como la española en este momento, va diferencia.

Todo va dicho demasiado rápidamente para concluir en que la Sociedad de Naciones acaso este en ese trance peligroso en el que las instituciones se salvan o se traicionan a sí mismas, dándose su propia muerte.

El interés del fascismo estriba en dar la puñalada postrera a la Sociedad de Naciones. Es natural. Representa el espíritu—la falta de espíritu—contrario al del organismo ginebrino, que, en tanto que subsista, discierne la ley internacional europea sobre la que se asientan las democracias. Esta política considera como organismo supremo a la Sociedad de Naciones.

Y la otra política, que se aparta de Ginebra, es la que pretende cambiar todos los fundamentos de la convivencia política internacional y la que no hace ningún caso de ninguna regla jurídica, fíndose solo de la fuerza, no respetando pactos ni pueblos débiles, ni soberanías secularmente reconocidas, ni pequeñas nacionalidades, ni libertades individuales, ni nada que no sea su interés más material, en el sentido del materialismo grosero de las finanzas sin entrañas, que no es, claro, el sentido dialéctico.

En la reunión de la Sociedad de Naciones que hoy dará comienzo termina el mandato de España. A la cabeza de nuestra delegación irá el presidente de nuestro Gobierno, doctor Negrín.

Será decisiva esta reunión para la misma Sociedad de Naciones. Si España es reelegida para seguir ocupando un puesto en el Consejo, no habrá hecho sino cumplir con uno de sus más esenciales deberes. Si no lo es—y ya hay quien ha denunciado turbios manejos entre los oscuros resortes con los que manobra el fas-

#### El mandato de España en la Sociedad de Naciones

cismo—, quiere decir que se traiciona a sí misma, entregándose en manos del fascismo. El cual, aunque la desprecia, la aprovecha en sus posibles claudicaciones. Pues el fascismo utiliza el «hecho consumado», pero también, si no le cuesta trabajo—ni dinero, ni ninguna concesión verdaderamente democrática—, le gusta embaucar a sus pueblos con apariencias burdas de legalidad contrahecha.

Es simbólica la circunstancia de que coincida el momento álgido de la intervención extranjera en España, con el término del mandato español en la Sociedad de Naciones. En todo caso, sea cual fuere la suerte de España, la reunión será histórica y España ofrecerá al mundo una lección imperecedera.

Nuestro Gobierno centra en la Sociedad de Naciones toda su significación de supremo organismo de la paz. Veremos en la próxima reunión hasta qué punto las democracias inglesa y francesa son tales o representan a las verdaderas que, en el seno de sus sociedades, aspiran a que se haga justicia a la legítima causa española. No queremos hacerles la ofensa de dudar que cumplirán con su deber.

En mayo de 1916 proyectó el Almirante Scheer (Comandante en jefe de la Flota de Alta Mar Alemana) un ataque a Inglaterra con la totalidad de la flota germana, para obligar a la flota inglesa al envío de fuerzas hasta cerca de las costas alemanas y tener ocasión de producir un encuentro de máxima importancia para las fuerzas navales de ambos enemigos.

Junto a esto se tenía por principal objetivo el eficaz bombardeo de las fortificaciones costeras enemigas por los cruceros de combate. Al mismo tiempo se planteaba la colocación de campos de minas por medio de pequeños cruceros. Durante este tiempo se pensaba que los buques de línea deberían proteger a los cruceros, situándose en las proximidades y asegurados por dirigibles.

Ya a mediados de mayo salieron los submarinos alemanes a la mar para buscar fuerzas enemigas en el Mar del Norte y tomar después posiciones de espera en las proximidades de la costa Norte de Inglaterra. Pero después que los sumergibles llegaron a los puntos que se les encomendaron cambió el tiempo la continuación del plan

total. A causa del temporal no podía tener lugar la exploración por medio de dirigibles, a la que el Almirante Scheer daba valor principalísimo. Cambió, pues, el plan en la forma siguiente: mientras que los submarinos se quedaban ante la costa inglesa, la totalidad de la flota se dirigiría a las costas de Noruega, para llevar a cabo en la entrada de Skagerrak, importante guerra de crucero contra el tráfico mercante enemigo, esperando el citado Almirante obligar allí a la escuadra enemiga a un combate ventajoso para los Imperios centrales.

El Almirante Jellicoe, de la flota inglesa, preparaba al mismo tiempo una empresa semejante, pues a causa de presión de la opinión, debida al reciente bombardeo de Lowestoft, se vio obligado a planear una ofensiva con la flota entera contra el Skagerrak y quizás llegando hasta el mismo Kattegat. Pero la realización de tal proyecto no debía tener lugar. Fue una verdadera casualidad que dos horas y media después de la salida de la flota inglesa, los primeros buques alemanes abandonaban la rada de Wilhelmshaven (dos de la

madrugada del 31 de mayo de 1916).

Pero ninguno de los dos jefes de flota tenía la menor noticia de las medidas tomadas por el contrario.

Durante la marcha de la flota alemana hacia las costas de Noruega, navegaba la escuadra de cruceros de combate 50 millas delante del grueso bajo el mando del Vicealmirante Hipper. Ocho millas por la proa del «Lutzow», buque insignia de Hipper, se desarrollaba la formación en curva de los nuevos y modernos cruceros destructores, curva en cuyo extremo (a la izquierda) navegaba el crucero «Elbing».

Numerosos servios, con claros gemelos, miraban al N. y al W. A eso de las tres, un alférez de navío, oficial servio, que en lo alto del palo de proa miraba continuamente, dirigió una vez más los prismáticos hacia el horizonte y comunicó por el tubo acústico: «Al Comandante. Por el través de babo, un vapor».

Cumplimentando la orden recibida de «Hacer la guerra de crucero», envió el Comandante del «Elbing» inmediatamente los dos destructores B-109 y B-110, que le acompañaban, con objeto de saber su nacionalidad y si llevaban contrabando a bordo.

Al mismo tiempo, y a una distancia de unas 20 millas, vieron también al buque mercante los cruceros ingleses que se encontraban en la vanguardia de la «Grand Fleet» con rumbo a Skagerrak. Se trataba del vapor danés «U. Fjord» extrañando a los ingleses que dicho buque había parado y largaba vapor por las seguridades. Corrió, pues, el «Galatea» hacia el danés, pronto reconocieron los ingleses las chimeneas y los palos de los buques de guerra que se tomaron por cruceros, aunque se trataba de dos nuevos destructores de gran tonelaje. Inmediatamente los ingleses trataron de entrar en contacto táctico con los enemigos y comunicaron: «Enemigo a la vista». Tras ocho minutos se comprobó que se trataba de destructores alemanes y al mismo tiempo abrieron el fuego el «Galatea» y el «Phaeton». En mala situación se encontraron los alemanes pues antes de poder abrir el fuego, por excesiva distancia, se encontraban rodeados de proyectiles enemigos pero, entre tanto, el B-110 había podido enviar un radio señalando la presencia de humo hacia el NE por lo que el «Elbing» corrió en auxilio de los destructores, y a las tres horas y veintisiete minutos desde el puente del crucero se vieron los buques enemigos, no obstante lo cual continuó el «Elbing» corriendo hacia ellos, abriendo las tres y media el fuego a una distancia de 13.000 metros. A pesar de ello, consiguió el «Elbing» muy pronto hacer un impacto al «Galatea». El primer impacto de la batalla de Jutlandia. Entró debajo del puente y penetró dentro del buque.

Fue esta la apertura de la más gigantesca batalla naval que registra la historia del mundo.

## LA ESCUADRA

¿Qué hace la escuadra? ¿No sale?  
Siempre ha de estar en el puerto?  
Decíme: ¿Qué hace la escuadra?  
¿Qué hacen estos marineros?

Claveles de voz y sangre  
en el aire florecieron.

Cortó el humo del tabaco  
la tirantez del momento  
y la voz de la Marina,  
la voz de los marineros,  
la voz que se hizo gigante  
llenando todo el silencio,  
subió por los anaqueles,  
se enredó en los pensamientos,  
cubrió insignias de partido  
con un tapiz de desprecio,  
y empinándose en las mesas  
sobre los vasos sedientos,  
sobre las botellas pródigas,  
sobre los discursos huecos,  
habló a los hombres de tierra,  
habló a los hombres del pueblo,  
¡habló como sabe hablar  
la voz de los marineros!

¿Qué hace la escuadra?... Escuchadme  
hombres de tierras adentro:  
La escuadra sale en las horas  
alfombradas de silencio  
a inquietar al enemigo  
con despertares sangrientos.  
La escuadra presta su ayuda  
para la causa del pueblo  
en las noches sin esquinas  
abiertas al mar y al viento.  
¿Qué hace la escuadra?... Escuchadme  
La escuadra viste de acero  
a mares que han desnudado  
los piratas extranjeros.

La escuadra le da a la mar  
sus más gloriosos momentos...  
¡La escuadra pintó de gris  
a todos los paralelos!

¿Qué hace la escuadra?... Escuchadme  
¡Escuchadme, compañeros!  
La escuadra va navegando  
con todo el mundo en su puesto.  
El aliento de sus hombres  
le da a la escuadra su aliento,  
y en sus miradas despiertas  
y en sus músculos de hierro,  
y en sus cañones potentes  
y en sus corazas de acero  
lleva la escuadra la fuerza  
de sus bravos marineros...  
¡¡Así busca al enemigo  
la escuadra de nuestro pueblo!!

Después cuando la victoria  
florece en los masteleros,  
cuando huelen a romance  
los gallardetes señeros,  
la escuadra vuelve a su base,  
la escuadra vuelve a su puerto,  
sonrisas de litorales  
en sus rodas recogiendo,  
tras haber barrido el mar  
con almas de marineros...  
¡¡Tras haber cortado el tallo  
de la rosa de los vientos!!

Y entonces dicen algunos  
de los de tierras adentro:  
«¿Qué hace la escuadra? ¿No sale?  
¿Siempre ha de estar en el puerto?»

Juan OYARZABAL